Resumen de Jacques Nassif, publicado en *Lettres de l'École Freudienne de Paris*, Nº 1, Febrero-Marzo de 1967

— El 23 de Noviembre de 1966 — Seminario en la Escuela Normal Superior.

La cuestión de la función de la escritura en el seno del campo del lenguaje debe ser planteada bajo esta forma precisa: ¿Qué representa el significante frente a sí mismo? O aún: ¿frente a su repetición?

Ya habíamos esbozado una respuesta al enunciar el axioma llamado de especificación: Ningún significante, así fuese reducido a su forma mínima, la letra, podría significarse a sí mismo.

La Lógica y la escritura

Este axioma viene a formalizar el uso matemático que quiere que, si planteamos una letra **A**, la retomemos a continuación como si la segunda vez ella fuese siempre la misma. Ahora, en tanto que ella forma parte del universo del discurso, podemos traducirla por la fórmula: **S w S**, donde la **w** designa el "o" exclusivo, lo que implica que el significante en su presentación repetida no significa más que en tanto que funcionando una primera vez *o* en tanto que funcionando una segunda vez, y que entre las dos hay una hiancia radical. Tomemos ahora un significante **B** que tendría como característica no engendrar ninguna significación, lo que yo simbolizo por medio de **B ◊ B**; ahora bien, **B** también forma parte del universo del discurso, del que nada está de derecho excluido. ¿Pero **B** forma parte de sí mismo? Para responder a esta cuestión, Russell había admitido que el funcionamiento de la cla-

se, concepto forjado para eso, no es estrictamente superponible al funcionamiento del conjunto, y entendía justamente fundar como clase el conjunto de los significantes que no se significan a sí mismos.

Ahora bien, si hay una lógica del fantasma, tenemos que suponer que semejante lógica, siendo más principial, no va a escurrirse en ese desfiladero formalizador, e implica que hagamos aparecer algún postulado no explicitado. Volvamos pues a la paradoja de Russell enunciándola bajo la siguiente forma resumida: **(B ∈ A)** y **(S w S)** o, de manera más desarrollada: **(y ∈ B)** y **(y ∈ A — y ∉ y)**.[1] Puesto que **B** forma parte de **A**, no debe formar parte de sí mismo en uno de sus elementos **y ∉ B**.[2] Pero la contradicción se sostiene en esto: que yo la digo, pues nada impide que la fórmula se sostenga como tal escrita y nada puede hacer, franqueado este primer paso, que su uso se detenga ahí. La teoría de los conjuntos no tiene pues otro soporte que esto: Todo lo que puede decirse de una diferencia entre los elementos está excluido del juego escrito; ninguna otra diferencia existe, por ejemplo, más que la que está constituida por el hecho de que yo puedo aplicar sobre tres objetos, tan heteróclitos como sea posible, tenidos por elementos de un mismo conjunto, un trazo unario.

La Repetición

Se plantea la cuestión de saber si este **B**, propuesto como significante que no engendra ninguna significación, forma parte del universo del discurso. He aquí dos ejemplos:

A - El catálogo de los catálogos

- Sea un primer catálogo formado por cuatro catálogos que no se contienen a sí mismos: **A B C D**.

---

[1] Los signos, muy borrosos en la copia a mi disposición, son ilegibles — por lo que me hago cargo de la conjetura, para la que me baso en mi *Versión Crítica* de esta sesión del seminario.

[2] *Idem* nota anterior.

- Sea otro catálogo que no se contiene a sí mismo: **E**.

- Ahora se puede formar un primer catálogo que contiene a **A B C D** y un segundo que contiene a **B C D E**. A cada uno de los cuales le falta esa letra que lo designaría a sí mismo.

Ahora, si ordenamos esta sucesión sobre el contorno de un círculo, engendramos efectivamente el catálogo de todos los catálogos que no se contienen a sí mismos. Un significante en más ha efectuado el cierre de la cadena, pero este significante es incontable, y, no estando en ninguna parte, no hay ningún inconveniente para que surja un significante que lo designe como el significante en más, el que no se aprehende en la cadena. Y desde entonces, **B** forma parte del universo del discurso.

B - El libro

Si hago el catálogo de todos los libros que contienen bibliografías, naturalmente no es de bibliografías que hago el catálogo. Sin embargo, al catalogar esos libros, en tanto que en las bibliografías ellos se remiten unos a otros, muy bien puedo yo cubrir el conjunto de todas las bibliografías. De ahí, el fantasma del Libro absoluto del que lo propio sería englobar la totalidad de la cadena significante, hasta el punto de hacer de manera que ella pudiera no significar ya nada, habiendo sido el significante purificado de todo significado al cual habría podido haber estado articulado. Pero la lógica de este fantasma implica justamente que ese libro absoluto sigue estando en el universo del discurso, es decir, que todavía tenga un sentido hablar de eso.

En resumen, lo que permite al mundo de la escritura distinguirse del universo del discurso, es que puede cerrarse. Pero, al cerrarse, hace surgir ese “uno en más”, muy diferente del Uno que unifica y engloba. Y si es suficiente que yo escriba para que surja este uno en más, abriendo en su posibilidad el universo del discurso, es necesario, para que esta escritura tenga lugar, que este Uno sea en más, incontable. De dónde ese lazo indisociable de la lógica matemática con la escritura y su materialización en el campo topológico en la función del borde.

Este Uno en más del que no habla la teoría de los conjuntos, es el sujeto surgiendo en el límite del universo del discurso, raíz de la función

de la repetición en Freud. En efecto, lo que la repetición busca repetir, es precisamente lo que escapa. Es esa marca perdida la que provoca la repetición buscada, pues la marca no podría redoblarse, ella ha borrado sobre lo que hay que repetir la marca primera, dejándola deslizar fuera de alcance. Es a esa falta que conviene que demos su función lógica.

traducción y notas:
RICARDO E. RODRÍGUEZ PONTE

para circulación interna
de la
ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES